

HENRY DAVID THOREAU, *Volar*, traducción de E. Jordá, edición de A. C. da Rocha y J. I. Foronda, Pepitas de calabaza, Logroño, 2016, 144 pp. ISBN: 978-84-15862-52-9.

La escritura deliberada y, en especial, el Diario de Thoreau abarcan prácticamente toda su vida y siguen una pauta de composición cuya condición es aprender a vivir de acuerdo con la naturaleza, a fin de escribir de acuerdo con la naturaleza. Con esta perspectiva, podría resultar extraño —reconocer la extrañeza de cuanto nos rodea es uno de los principios de la educación, la vista “muy educada” del águila que Thoreau registra con sorpresa, y otro sería no tomar decisiones apresuradamente— ver en las páginas de *Volar* que para el trascendentalista americano la naturaleza es un orden de la imaginación. De hecho, la imaginación —la contemplación— podría ser la pauta implícita de la escritura del Diario de Thoreau, donde la escritura no es distinta de la vida en la medida en que solo estaríamos preparados para aprender aquello de lo que estamos dispuestos a extrañarnos o no reconocer. La perseverancia o resistencia ante la naturaleza sería, por decirlo así, la consecuencia o el resultado esperado de la escritura, resistencia que responde al problema de la finitud de la existencia humana que Emerson ya había superado al establecer los límites de la escritura declarando que toda escritura es afirmativa, y que Thoreau suscribe en el margen de los caracteres literarios: “Entregaré todo lo que soy —Thoreau escribe— a cambio de mi nueva nobleza” (cf. 15 de marzo de 1852). La “nueva nobleza” no solo es el resultado del carácter permanente o imborrable de la escritura, sino que probablemente sería la condición de la escritura y una de las mejores respuestas de Thoreau a la vieja aristocracia que Emerson señalaba en el recurso inmediato o inevitable de los señores de la vida. Tanto la resistencia como la perseverancia son, por tanto, una consecuencia de la exigencia de los tiempos que nos preparan para aprender y tienen que ver con la facultad de renovación de las palabras o el lenguaje, así como de la naturaleza. Sin embargo, un “asombro imperecedero” implícito o explícito en Thoreau, o característico de la escritura de Thoreau, y consecuentemente en el lector fiel y atento de Thoreau, como el que los editores tratan de advertir en la Introducción, no sería tanto el mero resultado de la “observación subjetiva de las cosas” como posiblemente el deseo genuino de conocimiento o un motivo de la recuperación de la infancia —de ahí la imagen del gallo que parece “amar el nuevo día”—, donde aparentemente todo es nuevo y extraño por primera vez. De hecho, que Thoreau considerara la inspiración como la habilidad o capacidad para ver, o volver a ver, las cosas como si se tratara de la primera vez, nos devuelve una imagen del mundo restaurada o mejorada que en realidad correspondería a un “estado anterior de la existencia”.

*Volar* es una provocación, un título que podría sonar pretencioso para el propio Thoreau, que escribió que “mantenerse a la expectativa puede convertirse en una profecía” (cf. el 12 de abril de 1852), una lección inapreciable para quien habla o escribe con la perspectiva de lo que espera que las palabras muestren. Si *Volar* “no es un libro para especialistas”, volar, que no es sino una metáfora de la vida, no tendría más sentido que el título *Volar* que Thoreau nunca escribió. La idea o metáfora de volar, al contrario que *Volar*, podría surgir de la vieja pretensión de objetividad que, como Nietzsche sabía, trata de intuir el pathos de la distancia como la condición de posibilidad para la libertad. Con esta perspectiva, el centro de *Volar* sería, en efecto, lo que Thoreau ha llamado la “poesía del movimiento”, no solo como una nueva paradoja de la contemplación afín a la escritura, y en particular a la escritura del Diario, sino como la culminación de un movimiento que va de la perseverancia a la fidelidad y termina en la realización o cumplimiento de la profecía, la conversión de las palabras en hechos o la confirmación de las palabras. Un nombre, como dijo Thoreau, posee toda la poesía del mundo, de modo que la poesía es en realidad literalmente el mundo. *La poesía del movimiento* podría ser así un título verdaderamente provocador. La poesía del movimiento sería la respuesta de Thoreau a la pregunta principal de la ética sobre cómo vivir. “Antes de empezar a correr —Thoreau escribe— hay que haber reptado, y antes de empezar a volar hay que haber corrido sobre la superficie” (cf. 13 de noviembre de 1851). La ironía del poeta, el filósofo o el sabio, solo por mencionar algunos de los caracteres representativos del escolar americano, sería en este caso que el reposo es otra forma del movimiento —el asombro o la extrañeza de Thoreau al ver un pájaro como una esfinge frente a nuestra impresión de que las aves están siempre en movimiento—, incluso un símil de la muerte o la remisión al estado anterior de la existencia que en el fondo caracteriza el éxtasis de la mirada del poeta. El éxtasis, un movimiento hacia fuera y hacia arriba, recoge perfectamente el significado de la migración de las aves y el ciclo de las estaciones correspondiente, donde regresar a un estado anterior de la existencia solo es posible al “explorar nuevos lugares y regresar a los antiguos”, es decir, al abrazar una nueva existencia y comenzar a ser otro. Del búho, o “los pensamientos inhóspitos, crepusculares, insatisfechos”, al gallo, o la “lujuria renovada”, a través del águila, o la educación, hay una enseñanza tan rotundamente alentadora como la naturaleza misma, que nunca fracasa. Si el movimiento, o el reposo, es el principio de la vida, y el deseo es el principio o domino del asombro, lo que Thoreau explica como la necesidad de que todo deseo es un deseo de inmortalidad, el deseo de un “verano interminable”, y en esa medida lo verdaderamente inmortal que hay en nosotros sería el deseo o el descubrimiento de que no necesitamos desear, la poesía del movimiento de Thoreau podría ser el principio o comienzo de una filosofía de la poesía. De este modo, la perspectiva aérea de *Volar*, y volar, o la verdadera creación del movimiento, prepara la afinidad electiva entre el espíritu y el cuerpo que el lector de Thoreau es capaz de reconocer sin extrañeza más allá del pensamiento occidental. El hecho es que conscientemente solo podemos volar con las alas de la imaginación. Para bien o mal, la vida se enriquece por el reflejo de la verdad y, como el viento más inquisitivo y exigente para la vista, la verdad, aprendemos a leer de Thoreau, se registra a sí misma.

**Antonio Fernández Díez**